



CON el ministro Wert ocurre algo tan curioso como que anuncia el mayor presupuesto en becas de la historia -porque afortunadamente la prima de riesgo permite rebajar la partida que el Gobierno guardaba para pagar intereses- y la noticia no es esa sino que la oposición no le cree. Nunca da buenas noticias aunque lo sean.

El ministro mantiene que ningún alumno que cumpla con los requisitos académicos y de ingresos se quedará sin matrícula, y la respuesta mayoritaria en las bancadas del Congreso salvo en la de los "populares" -también sería- es, resumiendo, la de "a otro perro con ese hueso".

Diga lo que diga Wert la crítica está servida y, esto unido a que dirige un área especialmente sensible, la oposición es muy numerosa.

De momento Wert ya tiene en el calendario la huelga convocada por los sindicatos de estudiantes para octubre por la política de becas y sabe que la convocatoria tendrá respuesta extra porque la fecha coincide con el periodo de tramitación de la LOMCE y con el momento crítico para muchas familias que supone la época del pago de matrículas.

Wert arrastra un pésimo comienzo de mandato al frente del Ministerio. Llegó como un elefante en una cacharrería en un ámbito delicado, campo de cultivo para la demagogia y se saltó a la torera las normas de cortesía establecidas y especialmente el diálogo. La movida con los rectores en el primer Consejo Extraordinario de Universidades sin ruegos y preguntas fue el inicio



La actitud del ministro ha dejado sólo al PP y ha convertido a la Educación en la bala más poderosa del resto de grupos políticos

de un mandato de aislamiento.

Es un ministro al que no se le puede exigir trabajo pero sí un corte más político, más guiños a la ciudadanía y al ámbito educativo. Ahora que el desgaste de la clase política pide tecnócratas, resulta que cuando llega uno al poder le falta la cintura que les sobra a los políticos. Y Wert la tenía. Antes de ser ministro caía bien a la derecha y a la izquierda. Después todo cambió cuando empezó a cumplir su programa sin mirar atrás ni a los lados, como si su Gobierno acabara al día siguiente.

Si se analiza el mandato de Wert, ha iniciado lo que tantos, incluida la oposición, demandaban: la revisión del sistema educativo. El problema es que la ha hecho él,

sólo él, sin tener en cuenta que la Educación va mucho más allá del Ministerio.

La reforma educativa nace de la demanda general de un sistema eficaz que regale generaciones formadas y preparadas para acceder a los puestos de trabajo. A nadie se le puede escapar que los informes PISA son demoledores para España -no tanto para Castilla y León- y que en época de abundancia económica los resultados han sido malos, por lo que algo falla.

Ahora bien, el ministro optó por defender sus ideas en solitario en lugar de buscar un consenso imprescindible en Educación. Sin acuerdo, una reforma llevará a otra y la Educación seguirá sin rumbo.

La actitud mantenida por el ministro ha dejado solo al PP y también ha convertido la Educación en la bala más poderosa de la Oposición, hasta el

punto de que a estas alturas no se sabe si todo está tan mal como dicen o si su visión obedece a que explota el poder del 'arma' tan potente que maneja. Los mensajes de que 80.000 alumnos podrían abandonar los estudios por las becas del Gobierno y que a la Universidad sólo podrán acceder los ricos son demoledores. Con estos lemas que el Gobierno niega porque alude a que las becas son en 'cascada' -hay del Ministerio, de la comunidad y de cada Universidad- se comprende la tensión.

Entre la reforma del Gobierno y la que defiende la Oposición tiene que haber un término medio. El problema es que Wert huye de hablar y dialogar y cuando se pronuncia no le escuchan ni le creen.